



## CAPÍTULO L.

Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña, y pellizcaron y arañaron á Don Quijote, con el suceso que tuvo el page que llevó la carta á Teresa Sancha, muger de Sancho Panza.

**D**ICE Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia, que al tiempo que Doña Rodríguez salió de su aposento para ir á la estancia de Don Quijote, otra dueña que con ella dormía lo sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodríguez no lo echó de ver; y así como la dueña la vió entrar en la estancia de Don Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fué á poner en pico á su señora la Duquesa, de como Doña Rodríguez quedaba en el aposento de Don Quijote. La Duquesa se lo dijo al Duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña quería con Don Quijote. El Duque se la dió, y los dos con gran tiento y sosiego paso ante paso llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca que oían todo lo que dentro hablaban, y cuando oyó la Duquesa que Rodríguez había echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora, y así llenas de cólera y deseosas de venganza entraron de golpe en el aposento, y acrebillaron á Don Quijote, y vapularon á la dueña del modo que queda contado, porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presuncion de las mugeres, despiertan en ellas en gran manera la ira y encienden el deseo de vengarse. Contó la Duquesa al Duque lo que habia pasado, de lo que se holgó mucho, y la Duquesa prosiguiendo con su intencion de burlarse y recibir pasatiempo con Don Quijote, despachó al page que habia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, que tenia bien olvidado Sancho Panza con la ocu-

pacion de su Gobierno, á Teresa Panza su muger con la carta de su marido y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados. Dice pues la historia que el page era muy discreto y agudo, y con deseo de servir á sus señores, partió de muy buena gana al Lugar de Sancho, y antes de entrar en él vió en un arroyo estar lavando cantidad de mugeres, á quien preguntó, si le sabrian decir si en aquel lugar vivia una muger llamada Teresa Panza, muger de un cierto Sancho Panza, escudero de un Caballero llamado Don Quijote de la Mancha: á cuya pregunta se levantó en pié una mozueta que estaba lavando, y dijo:—Esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal caballero nuestro amo.—Pues venid, doncella, dijo el page, y mostradme á vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre.—Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco mas á menos, y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse, ni calzarse, que estaba en piernas y desgrenada, saltó delante de la cabalgadura del page, y dijo:—Venga vuesa merced, que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena por no haber sabido muchos dias ha de mi señor padre.—Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el page, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas. Finalmente saltando, corriendo y brincando llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa, dijo á voces desde la puerta:—Salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre, á cuyas voces salió Teresa Panza su madre, hilando un copo de estopa, con una saya parda. Parecia segun era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lugar: con un corpezuelo asimesmo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada, la cual viendo á su hija, y al page á caballo, le dijo:—¿Qué es esto, niña, qué señor es este?—Es un servidor de mi señora Doña Teresa Panza, respondió el page, y diciendo y haciendo se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo:—Déme vuesa merced sus manos, mi señora Doña Teresa, bien así como muger legítima y particular del señor Don Sancho Panza, Gobernador propio de la Ínsula Barataria.—¿Ay señor mio! quítese de ahí, no haga eso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripa terrones, y muger de un escudero andante, y no de Go-

bernador alguno.—Vuesa merced, respondió el page, es muger dignísima de un Gobernador archidignísimo, y para prueba de esta verdad reciba vuesa merced esta carta y este presente: y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello y dijo:—Esta carta es del señor Gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la Duquesa, que á vuesa merced me envía. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni mas ni menos, y la muchacha dijo:—Que me maten si no anda por aquí nuestro señor amo Don Quijote, que debe de haber dado á padre el Gobierno ó Condado, que tantas veces le habia prometido.—Así es la verdad, respondió el page, que por respeto del señor Don Quijote es ahora el señor Sancho Gobernador de la Ínsula Barataria, como se verá por esta carta.—Léamela vuesa merced, señor gentil-hombre, dijo Teresa, porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja.—Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí, que yo iré á llamar quien la lea, ora sea el Cura mismo, ó el Bachiller Sanson Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre.—No hay para que se llame á nadie, que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré; y así se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aquí: y luego sacó otra de la Duquesa, que decia desta manera:

*Amiga Teresa: las buenas partes de la bondad y del ingenio de vuestro marido Sancho me movieron y obligaron á pedir á mi marido el Duque, le diese un Gobierno de una Insula, de muchas que tiene. Tengo noticia que gobierna como un girifalte, de lo que yo estoy muy contenta y el Duque mi señor por el consiguiénte, por lo que doy muchas gracias al cielo de no haberme engañado en haberle escogido para el tal gobierno, porque quiero que sepa la señora Teresa, que con dificultad se halla un buen gobernador en el mundo, y tal me haga á mi Dios como Sancho gobierna. Ahí le envío, querida mia, una sarta de corales con extremos de oro: yo me holgara que fuera de perlas orientales; pero quien te da el hueso, no te querría ver muerta<sup>1</sup>, tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuniquemos, y Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchica su hija, y dígule de mi parte, que se apareje, que la tengo de casar altamente, cuando menos lo piense. Dícenme que en ese lugar hay bellotas gordas, envíeme hasta dos docenas, que las estimaré en mucho por ser de su ma-*

<sup>1</sup> El Comendador Griego cita así este refran: *quien te da un hueso no te querría ver muerto.*

*no, y escribame largo, avisándome de su salud y de su bien estar, y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer mas que boquear, que su boca será medida: y Dios me la guarde. Desde Lugar, su amiga que bien la quiere.*

*La Duquesa.*

—Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y que buena, y que llana y que humilde señora: con estas tales señoras me entierren á mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la Iglesia con tanta fantasía, como si fuesen las mismas Reinas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora, y veis aquí donde esta buena señora, con ser Duquesa, me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que hay en la Mancha: y en lo que toca á las bellotas, señor mio, yo le enviaré á su Señoría un celemin que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la maravilla: y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor, pon en órden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta tocino adunia<sup>1</sup>, y démosle de comer como á un Príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traído y la buena cara que él tiene lo merece todo, y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al Padre Cura y á Maese Nicolas el Barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre.—Si haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta, que no tengo yo por tan boba á mi señora la Duquesa, que se la habia de enviar á ella toda.—Todo es para tí, hija, respondió Teresa; pero déjamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazon.—Tambien se alegrarán, dijo el page, cuando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo, que el Gobernador solo un dia llevó á caza, el cual todo le envía para la señora Sanchica.—Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni mas ni menos, y aun dos mil si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas, como si fuera en un pandero, y encontrándose acaso con el Cura y Sanson Carrasco, comenzó á bailar y á decir:—á fe, que agora que no hay pariente

<sup>1</sup> Corrupcion de *ad omnia*, esto es, enteramente, abundantemente.

pobre, Governito tenemos, no sino tómesese conmigo la mas pintada hidalga, que yo la pondré como nueva.—¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿qué locuras son estas, y qué papeles son esos?—No es otra la locura, sino que estas son cartas de Duquesas y de Gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos las Ave Marías, y los Padres nuestros son de oro de martillo, y yo soy Gobernadora.—De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decis.—Ahí lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el Cura de modo que las oyó Sanson Carrasco: y Sanson y el Cura se miraron el uno al otro, como admirados de lo que habian leído: y preguntó el Bachiller, quién habia traído aquellas cartas. Respondió Teresa que se viniesen con ella á su casa, y verian al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traía otro presente que valia mas de tanto. Quitóle el Cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos, tornó admirarse de nuevo, y dijo:—Por el hábito que tengo, que no sé que me diga, ni qué me piense destas cartas y destes presentes: por una parte veo y toco la fineza destes corales, y por otra leo que una Duquesa envía á pedir dos docenas de bellotas.—Aderézame esas medidas, dijo entonces Carrasco: agora bien, vamos á ver al portador deste pliego, que dél nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hiciéronlo así, y volvióse Teresa con ellos. Hallaron al page cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al page, cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos, y despues de haberle saludado cortesmente y él á ellos, le preguntó Sanson les dijese nuevas, así de Don Quijote, como de Sancho Panza, que puesto que habian leído las cartas de Sancho y de la señora Duquesa, todavía estaban confusos y no acababan de atinar qué seria aquello del Gobierno de Sancho, y mas de una Ínsula, siendo todas, ó las mas que hay en el mar Mediterráneo de su Magestad. A lo que el page respondió:—De que el señor Sancho Panza sea Gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea Ínsula ó no la que gobierna, en eso no me entremeto; pero basta que sea un Lugar de mas de mil vecinos: y en cuanto á lo de las bellotas, digo que mi señora la Duquesa es tan llana y tan humilde, que no decia el enviar á pedir bellotas á una labradora; pero que le acontecia enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya: porque quiero que sepan vuestas mercedes, que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan

puntuosas y levantadas como las señoras Castellanas: con mas llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad destas pláticas, salió Sanchica con una halda de huevos, y preguntó al page:—Dígame, señor, ¿mi señor padre trae por ventura calzas atacadas<sup>1</sup> despues que es Gobernador?—No he mirado en ello, respondió el page; pero sí debe de traer.—¿Ay Dios mio! replicó Sanchica, y que será de ver á mi padre con pedorreras: ¿no es bueno, sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas?—Como, con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el page. Par Dios, términos lleva de caminar con papahigo, con solo dos meses que le dure el Gobierno. Bien echaron de ver el Cura y el Bachiller, que el page hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba, lo deshacia todo (que ya Teresa les habia mostrado el vestido) y no dejaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas cuando Teresa dijo:—Señor Cura, eche cata por ahí si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo, hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere, que en verdad, en verdad, que tengo que honrar el Gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun, que si me enojo, me tengo de ir á esa Corte

<sup>1</sup> Atacadas porque se enlazaban ó atacaban á la cintura con agujetas.

Solían rellenarse las calzas (á la cuenta, para disimular la delgadez de quien las llevaba) con muchos forros y trapos, por lo cual las llamaban pedorreras.

Ambrosio de Salazar, citado por Pellicer, habla de uno á quien, estando en visita con las calzas henchidas de salvado, se le vaciaron por un agujero que hizo un clavo de la silla, no sin risa de los circunstantes.

Las calzas *atacadas* ó enteras se llaman tambien simplemente calzas. En el Romance anónimo de Don Bueso y Doña Nuña, núm. 319 de la floresta de Boil, tomado del Romancero general de 1604, se cuenta que rondando Don Bueso con Doña Nuña

Caló Don Bueso la gorra,  
Y al bajo los piés poniendo,  
Con la gran fuerza que hizo  
Los dos midieron el suelo.  
No me pesa, dice á voces,  
De haberme rompido el cuerpo;  
Mas pésame por las calzas,  
Que por detras se han abierto.  
Riéndose están las damas  
De ver corrido á Don Bueso,  
Y que donde nunca pudo,  
Daba el sol de medio á medio.

Esto de las calzas debió de ser en su tiempo asunto de grande importancia. Los reyes se empeñaban en prohibirlas, y los sastres en inventar cosas nuevas, y por consiguiente no prohibidas. Hasta diez y seis artículos relativos á las calzas hay en la Pragmática de trages de 3 de Enero de 1611.

Clemencin.

y echar un coche como todas, que la que tiene marido Gobernador, muy bien le puede traer y sustentar.—Y como, madre, dijo Sanchica, pluguiese á Dios que fuese antes hoy que mañana, aunque dijese los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y como va sentada y tendida en el coche, como si fuera una Papesa. Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche levantados los piés del suelo. Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo: y ándeme yo caliente, y ríase la gente. ¿Digo bien, madre mia?—Y cómo que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas estas venturas y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho, y verás tú, hija, como no para hasta hacerme Condesa, que todo es comenzar á ser venturosas, y como yo he oído decir muchas veces á tu buen padre (que así como lo es tuyo, lo es de los refranes) cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla: cuando te dieren un Gobierno, cógele: cuando te dieren un Condado, agarráale: y cuando te hicieren tus tus con alguna buena dádiva, embásala: no sino dormios, y no respondais á las venturas y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa.—¿Y qué se me da á mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere, cuando me vea entonada y fantasiosa: Vióse el perro en bragas de cerro, y lo demas? Oyendo lo cual el Cura, dijo:—Yo no puedo creer sino que todos los deste linage de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno dellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen.—Así es la verdad, dijo el page, que el señor Gobernador Sancho, á cada paso los dice, y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto, y mi señora la Duquesa y el Duque los celebran mucho.—¿Qué todavía se afirma vuesa merced, señor mio, dijo el Bachiller, ser verdad esto del Gobierno de Sancho, y de que hay Duquesa en el mundo que le envíe presentes y le escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de Don Quijote nuestro compatriota<sup>1</sup>, que todas piensa que son hechas por encantamento: y así estoy por decir, que quiero tocar y palpar á vuesa merced por ver si es embajador fantástico, ó hombre de carne y hueso.—Señores, yo no sé mas de mí, respondió el page, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es Gobernador efectivo, y que

<sup>1</sup> Tomado del Italiano, que dice compatrioto, y compatriota; y así lo usa Cervantes.



mis señores Duque y Duquesa pueden dar y han dado el tal Gobierno, y que he oído decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamento ó no, vuesas mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho.—Bien podrá ello ser así, replicó el Bachiller; pero *dubitat Augustinus*.—Dude quien dudare, respondió el page, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua, y si no *opéribus crédite, et non verbis*: véngase alguno de vuesas mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oídos.—Esa ida á mí toca, dijo Sanchica: lléveme vuesa merced, señor, á las ancas de su rocín, que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre.—Las hijas de los gobernadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas, y de gran número de sirvientes.—Par Dios, respondió Sanchica, también me vaya yo sobre una pollina, como sobre un coche: hallado lo habeis la melindrosa.—Calla mochacha, dijo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto que tal el tiempo tal el tiento: cuando Sancho, Sancha, y cuando Gobernador, señora, y no sé si digo algo.—Mas dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el page, y denme de comer, y despáchenme luego, porque pienso volverme esta tarde. A lo que dijo el Cura:—Vuesa merced se vendrá á hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa mas tiene voluntad que alhajas para servir á tan buen huésped. Rehusólo el page; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora, y el Cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle de espacio por Don Quijote y sus hazañas. El Bachiller se ofreció de escribir las cartas á Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el Bachiller se metiese en sus cosas, que le tenia por algo burlon, y así dió un bollo y dos huevos á un monacillo que sabia escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de su mesmo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

el mo